

## ALGUNAS CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE "ÉTICA"

Prof. Waldo Romo Pérez (\*)

NOTA DE LA REDACCION: En el mes de noviembre de 1983, el Consejo Regional del Colegio de Asistentes Sociales de Chile, A.G., realizó una mesa redonda sobre Etica Profesional, uno de cuyos participantes fue el autor de este artículo, quien dió un marco doctrinario general sobre el tema. Por considerarse de interés, Revista Trabajo Social reproduce a continuación el contenido de la exposición del Prof. Romo, previa revisión y autorización de su parte.

" Mi intervención en esta mesa redonda se referirá a aspectos de Etica General y no tanto a tópicos de Etica Profesional. Estimo, sin embargo, que aquellos aspectos son fundantes de estos tópicos.

En una aproximación muy inicial, podemos decir que un objeto tiene determinado valor ético o un determinado valor económico. No será posible afirmar, sin embargo, que un objeto tiene un determinado valor ético, aunque ello - a veces - se diga superficialmente. En efecto, la dimensión de bondad o maldad es un atributo susceptible de aplicarse sólo al ser humano, el cual puede hacer buen o mal uso de las cosas. En una palabra, la persona es sujeto de la ética y las "estructuras buenas o malas" son responsabilidad de aquella que se encuentra a la base de la construcción de éstas.

Reconociendo que el único sujeto ético es el ser humano, interesa, ahora, determinar cual es el ámbito de esta disciplina. A mi juicio, es "un espacio" que está limitado por dos fronteras fuera de las cuales no se da la ética. Una frontera está señalada por el **comportamiento simplemente instintivo, por el obrar al "modo animal"**. Este responde a sus necesidades con un determinismo instintivo, sin posibilidades de realizar opciones alternativas. Si tiene hambre, come; cuando tiene sed, bebe; si siente apetencia sexual, la satisface; cuando lo agreden se defiende. Es verdad que el ser humano también tiene comportamientos que - en una mirada superficial - se asemejan al modo de obrar animal. En efecto, el hombre cuando tiene hambre también come, al igual que el ser animal. Sin embargo, la persona humana tiene un margen para realizar opciones y,

en el caso del ejemplo, puede postergar la satisfacción de esa necesidad - no eliminarla - con el objeto de realizar otra actividad que en ese momento considera más importante. Es cierto que en definitiva deberá comer, porque se trata de una necesidad no sólo de la especie "in genere" sino de cada individuo dentro de ella. Sin embargo, tiene un espacio de opciones alternativas que nos dan la oportunidad de un comportamiento ético. Es más. Si nos referimos a otros aspectos de este aparente determinismo instintivo, llegaremos a posibilidades más sorprendentes: en el ámbito de la sexualidad, el ser humano siente apetencia sexual...y, sin embargo, puede hacer la opción de nunca satisfacerla genitualmente. Esta posibilidad no elimina la apetencia pero sí tiene la capacidad de "hacerla propia" y "gobernarla", no obrando con un determinismo del instinto.

La otra frontera donde también se excluye el obrar ético es el **comportamiento de automatización programada**, es decir, considerar que el ser humano actúa **exclusivamente** condicionado por las estructuras sociales, económicas, políticas que lo rodean; obrar sometido a una programación de tal naturaleza, que se excluye toda posibilidad de realizar opciones personales: según esta posición, la libertad no es más que una apariencia por cuanto la realidad es ser una especie de marioneta dirigida por los acontecimientos y las estructuras externas. ¡Creemos obrar según nuestra conciencia pero ello es una ilusión ya que somos productos exclusivos de las circunstancias que nos rodean.

(\*) Profesor de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Sin embargo, si afirmamos el predominio absoluto de ambas fronteras, la posibilidad de entrar en el universo ético se esfuma para el ser humano. Si reconocemos, en cambio, que, a pesar de las limitaciones que imponen estas fronteras, siempre queda un margen para hacer opciones personales o elegir entre alternativas, estamos otorgando un ámbito a la ética que implicará **la capacidad radical del ser humano de tener un comportamiento consciente y libre, orientando sus acciones hacia una meta.**

Es claro, sin embargo, que hay que tomar en serio lo que significan las fronteras que limitan la ética. ¿Quién puede negar que la posibilidad de un obrar consciente y libre se ve dificultado y, muchas veces, anulado por la dosis de instintivismo que hay en nosotros? ¿Es posible afirmar rotundamente que para nada influyen en nosotros las condicionantes del entorno social en la elección de nuestras opciones? El conocido "soy yo y mis circunstancias" Ortega cobra todo su valor a la hora de percibir los niveles de real conciencia y libertad con que actuamos. Una concepción abstracta y teórica de la ética ha podido infravalorar el impacto de las dos fronteras ya señaladas. Sin embargo, una elaboración ética en diálogo con las vivencias del hombre está en condiciones de reconocer el influjo de esos límites, lo que no significa - obviamente -, eliminar la radical capacidad de ser consciente y libre. Aludimos aquí al difícil campo de convergencia entre ética y psicología, ética y sociología, con los latentes peligros de reduccionismos, sean de índole moralista, sean de índole psicologista o sociologista. Pensamos, sin embargo, que una visión de globalidad - que explicitaremos más adelante - nos permiten aproximarnos al hombre real y no abstracto y situar todo proyecto ético en una historia, en un espacio y tiempo determinados. Aun más, podemos afirmar que ante la permanente presencia del instinto y del condicional externo, la tarea ética se transforma en ser cada vez más conscientes de esas ataduras con el objeto de luchar por liberarnos más plenamente. De esta forma, todo avance en conciencia y en libertad se convierte, así, en un empeño ético porque hace crecer al ser humano en responsabilidad.

Esta aspiración de liberación no significa actuar según el propio gusto personal - ello sería la consagración del subjetivismo - sino que implica orientar el comportamiento a determinadas metas, que cuanto más hondas, exigentes e integrales son, elevan al ser humano a mayores niveles éticos.

La pretensión de la ética es, precisamente, hacer salir al ser humano del exclusivo círculo cien-

tífico-tecnológico y obligarlo a plantearse las razones últimas de su vivir, exigirle que se interpele sobre el sentido de su existencia, pero no desde una perspectiva inmediatista sino teleológica, es decir, desde las motivaciones más profundas, más finales, más trascendentes, que apuntan a la realización integral y global de la persona humana.

Las preguntas éticas constituyen una dimensión fundamental de la existencia del hombre: ¿qué sentido tiene lo que estoy haciendo? ¿para qué estoy obrando así? ¿cuáles son mis razones de vivir? ¿qué mundo quiero construir individual y colectivamente?, ya que la ética no sólo es personal sino también social.

Es obvio que las preguntas anteriores son interrogantes totalmente gratuitas, no interesadas en respuestas-objetos inmediatos; son preguntas-límites, propias de la filosofía... y la ética es una parte de ella. Aún más. En esta perspectiva de preguntas-límites trascienden a la filosofía misma, llevando al hombre más allá del ámbito puramente natural, abriéndose a la perspectiva de una interrogante teológica. Estas preguntas, en definitiva, nos constituyen en nuestro estatuto de ser humano y el no hacerse las nos disminuyen en nuestra condición de tal.

En este punto empieza a surgir, sin embargo, en el mundo contemporáneo una seria dificultad: pocas personas se plantean la interrogante ética. Como su gratuidad es enorme, se la deja de lado, no interesa, se cree que se puede vivir prescindiendo de ella. Se empieza a construir, así, un mundo de amoralidad más que de inmoralidad, dando origen al hombre unidimensional actual para quien la pregunta sobre el sentido del obrar humano es irrelevante. Dicha postura invade muchos ambientes, también la Universidad o el ejercicio profesional y se busca una asepsia científica, el exigente cultivo de disciplinas - rigurosas en su metodología - pero que han perdido su vinculación con las interrogantes profundas de la persona y con su realización trascendente. Se considera, incluso, como una ingerencia indebida al quehacer científico, la interrogación sobre el sentido finalístico de tal o cual disciplina y se corre el riesgo de hacer un ídolo de la neutralidad valorica. Con ello, a mi juicio, no se hace ni verdadera ciencia ni se construye auténtica Universidad, porque se ha renunciado a plantearse las interrogantes de la propia disciplina o profesión - respetando la metodología específica - en una perspectiva de sentido final del ser humano. En el campo del ejercicio profesional, se tiene la tentación de privilegiar sólo la tecnología subyacente a toda profesión, olvidan-

do que su verdadero sentido está para servir a la persona humana.

La carencia de interrogantes éticas arrancan de un "apriori" implícito: ¿para qué preguntarse por las opciones si no somos más que conductas instintivas o si no somos más que automatismos programados externamente? Sin embargo, si no nos planteamos una superación de estas fronteras, nunca se hará espacio a la pregunta ética o bien ésta se resolverá en un craso inmediatismo, que hará de la ciencia y la tecnología con sus leyes y métodos, un absoluto en sí, un positivismo experimental que, en definitiva, se volverá contra el hombre.

Para una mejor comprensión de lo expresado, ilustrémoslo con un ejemplo: la ciencia médica podrá realizar el día de mañana - y ya lo está haciendo hoy - muchos experimentos con el ser humano. ¿Qué límites es posible poner a esa experimentación, si potencialmente está en condiciones de avanzar indefinidamente? No es posible pensar en una limitación exterior a la ciencia misma, la que sería considerada - con frecuencia - como una cortapisa indebida. Sólo caben los límites que brotan del propio científico, a partir del concepto que tiene de la persona humana. Si este concepto es respetuoso y de alta exigencia valórica, la ciencia médica propenderá a que el ser humano sea más plenamente humano, la experimentación científica se inscribirá en la línea de liberación de la persona y no en su manipulación o sometimiento. En una palabra, la propia conciencia del hombre de ciencia será la mayor garantía de un adecuado empleo del acervo científico-tecnológico. Se comprende, entonces, la alta "utilidad" de la gratuita interrogante ética.

Las reflexiones llevadas hasta aquí podemos expresarlas, ahora, con otra pregunta: ¿quién de-

fiende la ética? Si consideramos algunas disciplinas normativas, llegaremos a la conclusión que tienen "eficientes" defensas. En efecto, a la estética la defiende el buen gusto social y los críticos que lo educan; a la religión la defienden los dogmas, sus ministros y pontífices; el derecho lo defienden los tribunales. A la ética, de suyo, no la defiende ninguna autoridad exterior sino la conciencia personal o colectiva. Es obvio que mientras más alta, exigente y depurada es esa conciencia de respeto al hombre, mejor defendida está la ética. A contrario sensu, si la valoración del ser humano está disminuída o es mínima, los atentados contra la ética serán mayores y la instrumentalización de la persona será frecuente.

En esta tarea de urgir una ética en que **el valor central es la máxima humanización o personalización de todo el hombre y de todos los hombres**, le corresponde un lugar destacado a los Colegios Profesionales. En efecto, tanto en el cultivo de una disciplina científica cuanto en el ejercicio profesional que arranca de esa disciplina, es imprescindible no perder de vista el valor intransferible de cada ser humano, medida de toda actividad profesional y razón de ser de todo avance científico-tecnológico. Si se olvida lo anterior, las ciencias se separan de la ética, la Universidad se transforma en Politécnico y la profesión en negocio en el cual el criterio básico es optimizar el máximo lucro.

Si la defensa de la ética pende del grado de conciencia de una persona y de una comunidad social y si la interrogante ética es de la mayor gratuidad, los Colegios Profesionales tienen un papel señero en hacer que ese grado de conciencia sea cada vez más exigente y en que esa interrogante gratuita sea de las más alta eficacia social".